

Me parece que el señor Robin no comprendió toda la intensidad de mi pensamiento; pero cuando mamá y yo estuvimos solos en la escalera, me cogió en brazos, diciendo:

—¡Monstruo! ¡Deja que te bese!

V

EL RACIMO DE UVAS

Yo era feliz, muy feliz. Me representaba á mi padre, mi madre y mi niñera como unos gigantes muy buenos, testigos de los primeros días del mundo, inmutables, eternos, únicos en su clase. Tenía la certidumbre de que sabrían preservarme de todo mal, y cerca de ellos experimentaba una completa seguridad. La confianza que me inspiraba mi madre era infinita; cuando recuerdo aquella divina, aquella adorable confianza, quisiera poder acariciar tiernamente al niño que fui entonces; y los que saben cuán difícil es conservar en este mundo un sentimiento en toda su plenitud, comprenderán este impulso hacia tales recuerdos.

Yo era feliz. Mil cosas familiares y misteriosas á la vez ocupaban mi imaginación; mil cosas que no eran nada en sí, pero que formaban parte de mi vida. Era muy pequeñita mi vida, pero era una vida, es decir, el centro de las cosas, el eje de un mundo.

No sonrían ustedes por lo que acabo de decir ó sólo sonrían con afecto, y reflexionenlo: cual-

quiera que vive, aunque sea un perrito, es el centro de las cosas.

Era feliz viendo y oyendo. No entreabría mi madre su armario de espejo sin hacerme experimentar una curiosidad pura y llena de poesía. ¿Qué había en aquel armario? ¡Dios mío!, lo que podía haber: ropa, saquitos de perfume, cajas. Sospecho ahora que mi madre tenía una debilidad por las cajas. Las tenía de todas clases y tamaños en prodigiosa cantidad. Y aquellas cajas, á las que me estaba prohibido tocar, me inspiraban profundas meditaciones. Mis juguetes también me preocupaban bastante, al menos los juguetes que me prometían y que yo esperaba, pues los que estaban ya en mi poder no tenían para mí ningún misterio y, por consiguiente, ningún encanto. ¡Pero qué bonitos eran los juguetes de mis sueños! Otro milagro era la cantidad de rasgos y de fisonomías que se pueden hacer con un lápiz ó una pluma. Dibujaba soldados, hacía una cabeza ovalada y colocaba un quepis encima. Sólo después de numerosas observaciones conseguí hacer entrar la cabeza hasta las pestañas en el quepis. Era sensible á las flores, á los perfumes, al lujo de la mesa, á los trajes bonitos. Mi sombrero de plumas y mis medias de mezclilla me envanecían un poco. Pero lo que me gustaba más aún que cada objeto en particular era el conjunto de las

cosas: la casa, el ambiente, la luz, ¿qué sé yo? ¡La vida, en fin! Una inmensa ternura me envolvía. Jamás pájaro alguno se encerró más deliciosamente entre las plumas de su nido.

Yo era feliz, muy feliz. Sin embargo, envidiaba á otro niño. Se llamaba Alfonso. No le conocía ningún otro nombre, y es muy posible que no tuviese más que éste. Su madre era lavandera y trabajaba fuera de su casa. Alfonso vagaba todo el día en el patio ó en la calle, y yo observaba desde mi ventana su fisonomía embadurnada, su cabello amarillo, su destrozado pantalón y sus chancas, que arrastraba en todos los arroyos. Yo también hubiera querido corretear libremente, fuera de casa. Alfonso hablaba con familiaridad á las cocineras, ganándose no pocas bofetadas y algunas sobras de comida. A veces, los palafreneros le enviaban á sacar de la bomba un cubo de agua; viéndosele llevar orgullosamente, con el rostro encendido y la lengua colgando, yo le envidiaba. No tenía que aprenderse, como yo, las fábulas de La Fontaine; no temía que le regañasen porque le cayera una mancha en la blusa. No se veía en la obligación de decir: ¡Buenos días, caballero! ¡Buenos días, señora! á personas cuyos días buenos ó malos no me interesaban absolutamente nada; y si no tenía, como yo, un arca de Noé y un caballo mecánico, jugaba con los gorri-

nes que cogía, con los perros errantes como él, y con los caballos de la cuadra, hasta que el cochero le echaba de allí á escobazos. Era libre y atrevido. Desde el patio, su dominio, me miraba como se mira á un pájaro enjaulado.

Aquel patio era muy alegre á causa de los animales de toda especie y de los sirvientes que lo frecuentaban. Era grande; el pabellón que lo cerraba en el fondo, estaba tapizado con una vieja parra nudosa y desnuda, sobre la cual había un reloj de sol, cuyos números ya estaban casi borrados por el tiempo, y aquella aguja de sombra, que se deslizaba insensiblemente sobre la piedra, me admiraba. De todos los fantasmas que evoco, el de aquel antiguo patio es uno de los más extraños para los parisienses de hoy. Sus patios tienen cuatro metros en cuadro; se puede ver un pedazo de cielo del tamaño de un pañuelo por encima de cinco pisos. Esto es un progreso; pero es malsano.

Pero sucedió un día que aquel patio tan alegre, donde las criadas iban por las mañanas á llenar sus cántaros en la bomba, y donde las cocineras lavaban á eso de las seis la ensalada en un cestillo de tela metálica, charlando con los palafreneros, sucedió que aquel patio fué desempedrado. No lo desempedrabán más que para volverlo á empedrar; pero como durante los trabajos

había llovido, se hizo allí mucho barro, y Alfonso, que vivía en él como un sátiro en su bosque, estaba desde los pies á la cabeza del mismo color del suelo. Llevaba de un lado á otro los adoquines con un jovial entusiasmo. Luego, alzando la cabeza y viéndome encerrado allá arriba, me hizo señas de que bajara. Yo tenía muchas ganas de jugar con él y de remover los adoquines. En mi cuarto no tenía piedras con que jugar. Por casualidad, la puerta de mi casa estaba abierta y bajé al patio.

—Aquí estoy—dije á Alfonso.

—Lleva este adoquín—me dijo.

Tenía el aspecto salvaje y la voz ronca; obedecí. De pronto me quitaron la piedra de las manos y sentí que me levantaban del suelo. Era mi niñera, que me arrastraba lejos de allí muy indignada. Me lavó con jabón de Marsella, y me avergonzó por haber jugado con un pillete, un vagabundo, un golfo.

—Alfonso—añadió mi madre—es un niño mal educado; no es culpa suya, es su desgracia; pero los niños bien educados no deben reunirse con los que no lo están.

Era yo un niño muy inteligente y muy reflexivo. Recordé las palabras de mi madre, y se asociaron no sé cómo á lo que aprendí sobre los niños malditos, haciéndome explicar mi Biblia de

30199

3
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

estampas. Mis sentimientos, respecto á Alfonso, cambiaron por completo. Ya no le envidié, no. Me inspiraba una mezcla de miedo y de compasión. «No es culpa suya; es su desgracia.» Esta frase de mi madre me preocupaba. Hiciste bien, mamá, hiciste bien hablándome de aquel modo; hiciste bien en revelarme desde mi más tierna infancia la inocencia de los miserables. Tu palabra era buena; á mí me correspondía tenerla presente en el transcurso de mi vida.

Aquella vez al menos hizo su efecto y me enternecí pensando en la suerte de la criatura maldita. Un día, mientras atormentaba en el patio al loro de una vecina, contemplé á aquel Caín sombrío y poderoso, con toda la compunción de un pequeño Abel. ¡Es la felicidad la que hace los Abel! Me ingenié para darle al otro una prueba de mi compasión. Pensé enviarle un beso; pero su fisonomía huraña me pareció poco propicia para recibirle y mi corazón le negó aquella dádiva

Durante largo rato, pensé qué podría darle; mi compromiso era serio. Regalar á Alfonso mi caballo de máquina, que precisamente no tenía crines ni rabo, me pareció excesivo, y además, ¿se demuestra la compasión dando un caballo? Era necesario un regalo conveniente para un maldito. ¿Una flor, quizá? Había muchos ramos en el

salón. Pero una flor se parece á un beso. Dudaba que á Alfonso le gustaran las flores. Dí la vuelta al comedor con gran perplejidad. De pronto me froté alegremente las manos; ¡ya sabía qué!

Había sobre el aparador, en un frutero, unas magníficas uvas de Fontainebleau. Subiéndome en una silla cogí de aquellas uvas un hermoso racimo que ocupaba las tres cuartas partes del frutero. Los granos, de un verde muy pálido, estaban dorados por un lado y era fácil creer que se desharían deliciosamente en la boca. Sin embargo, no los probé. Corrí á buscar un ovillo de hilo sobre el costurero de mi madre. Me habían prohibido coger nada; pero hay que saber desobedecer. Até el racimo á la punta del hilo é inclinándome sobre la barra de la ventana, llamé á Alfonso y dejé bajar lentamente el racimo hasta el patio. Para verle mejor, el niño maldito se apartó de los ojos los mechones de sus cabellos amarillos, y cuando estuvo al alcance de su mano, dió un tirón, llevándose hilo y todo; luego, alzando la cabeza, me sacó la lengua, me hizo un palmo de narices y huyó con el racimo, enseñándome el trasero. Mis amiguitos no me habían acostumbrado á semejantes modales. Al principio me irrité mucho; pero una reflexión me calmó. «Hice bien—pensaba—de no haberle enviado ni una flor ni un beso».

Mi rencor se desvaneció con este pensamiento,

pues es muy cierto que cuando el amor propio está satisfecho, lo demás importa poco.

Sin embargo, con la idea de que tendría que confesar mi aventura á mi madre, caí en un gran abatimiento. No tenía que temer nada; mi madre me regañó, pero con alegría; lo adiviné en sus ojos risueños.

—Hay que dar lo propio y no lo ajeno—me dijo—; hay que saber dar.

—Es el secreto de la dicha, y muy pocos lo conocen—añadió mi padre.

¡Él sí lo conocía!

VI

MARCELA, LA DE LOS OJOS DE ORO

Tenía yo cinco años y me formaba del mundo una idea que me vi obligado luego á modificar; es lástima, pues era encantadora. Un día estaba muy ocupado dibujando unos muñecos, cuando mi madre me llamó sin pensar que me perturbaba. Las madres cometen con frecuencia esta clase de ligerezas.

Aquella vez se trataba de vestirme. Yo no sentía la necesidad y veía las molestias de hacerlo; me resistí gesticulando; era insoportable.

Mi madre me dijo:

—Tu madrina va á venir. ¡Tendría gracia que no estuvieses vestido!

¡Mi madrina! Nunca la vi, hasta entonces; no la conocía. Nada supe jamás de su existencia. Pero sabía muy bien lo que es una madrina, por haberlo leído en los cuentos y haberlo visto en las estampas; sabía que una madrina es un hada.

Me dejé peinar y enjabonar durante todo el tiempo que quiso mi querida mamá. Pensaba en mi madrina con un vivo deseo de conocerla. Aun-

que de ordinario era muy preguntón, nada pregunté acerca de lo que deseaba ardientemente saber.

¿Por qué?

¿Me preguntan ustedes por qué? ¡Ah! Porque no me atrevía; porque las hadas, tal como yo las imaginaba, requerían silencio y misterio; porque hay en los sentimientos una vaguedad tan preciosa que el alma más cándida del mundo tiene instintivamente gran cuidado en conservarla; porque existen para el niño como para el hombre cosas inefables; porque sin conocerla quería á mi madrina.

Voy á sorprenderles mucho, pero la verdad tiene á veces, felizmente, algo de imprevista que la hace soportable... Mi madrina era todo lo bonita que podía desear. Al verla la reconocí. Era ella quien yo esperaba; era mi hada. La contemplé sin sorpresa, encantado. Aquella vez, ¡cosa extraordinaria! la naturaleza realizaba los ensueños de un niño.

Mi madrina me miró; tenía los ojos de oro. Me sonrió y la vi unos dientes tan pequeños como los míos. Habló; su voz era clara y armoniosa como una fuente en el bosque. Me besó, sus labios estaban frescos; todavía los siento en mi mejilla.

Experimenté al verla una dulzura infinita, y aquel encuentro debió ser por completo encan-

tador porque la memoria que guardo está exenta de cualquier detalle que le hubiera podido deslucir. Ha tomado una sencillez luminosa. Con la boca entreabierta para una sonrisa y un beso, de pie, con los brazos acariciadores: así se me aparece invariablemente mi madrina.

Me alzó del suelo y me dijo:

—Tesoro mío, déjame ver el color de tus ojos.

Luego, agitando los bucles de mi cabellera:

—Es rubio, pero se le oscurecerá.

Mi hada conocía el porvenir. Sin embargo, sus indulgentes predicciones no lo anunciaban por completo. Mis cabellos ya no son ni rubios ni negros.

Al día siguiente me envió unos juguetes que no me parecieron hechos para mí. Yo vivía entre mis libros, mis estampas, mi frasco de goma, mis cajas de pintura y todo mi tren de niño inteligente y encogido—ya sedentario—que se iniciaba inocentemente por sus juguetes en el sentimiento de formas y de colores, causa de tantas penas y de tantas alegrías.

Los regalos de mi madrina no encajaban en mis costumbres. Era un mobiliario completo de *sport-boy*, de gimnasta: trapecio, cuerdas, barras, pesas, todo lo necesario para ejercitar la fuerza de un niño y preparar la arrogancia viril.

Desgraciadamente, yo tenía ya la afición al es-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1525 MONTERREY, MEXICO

tudio, el gusto de recortar estampas por la noche, á la luz de la lámpara, el sentido profundo de las líneas, y cuando me salía de mis diversiones de artista predestinado, era con accesos de locura, con violencias desordenadas para jugar á juegos sin norma, sin sentido: á los ladrones, al naufragio, al incendio. Aquellos aparatos de madera barnizada y de hierro me parecieron fríos, pesados, sin fantasía, sin alma, hasta que mi madrina puso en ellos, al enseñarme su uso, un poco de su encanto. Alzaba las pesas con mucha valentía, y llevando los codos hacia atrás me explicaba de qué manera las barras puestas en la espalda y pasadas por debajo de los brazos desarrollan el pecho.

Un día me sentó sobre sus rodillas y me prometió un barco, un barco con todos sus aparejos, sus velas y sus cañones. Mi madrina hablaba de marina como un lobo de mar. No olvidaba ni las gavias, ni las toldillas, ni los obenques, ni los loros, ni las cacatúas. No acababa nunca de decir nombres raros, y parecía pronunciarlos con cierto afecto. Sin duda la recordaban muchas cosas. Un hada flota sobre las aguas.

No se ha realizado aún aquella promesa; pero nunca he necesitado, ni en mi más tierna edad, poseer las cosas para disfrutarlas, y el barco de mi hada me ha entretenido durante muchas horas. Lo veía. Lo veo aún. Ya no es un juguete; es un

fantasma. Se desliza en silencio sobre un mar brumoso, y advierto en la borda una figura de mujer inmóvil, con los brazos inertes, los ojos grandes y sin brillo.

No volvería á ver á mi madrina. Desde entonces me formé una idea exacta de su carácter. Sentí que había nacido para agradar y querer y que tal era su destino en el mundo. ¡No me equivoqué! Supe luego que Marcela (se llamaba Marcela) no hizo nunca otra cosa.

Muchos años después me enteré de algunas particularidades de su vida. Marcela y mi madre se habían conocido en el colegio. Pero mi madre, que tenía alguna edad más que ella, era demasiado formal y metódica para ser la compañera asidua de Marcela, que ponía en sus amistades un ardor extraordinario y una especie de locura. La joven colegiala que inspiró á Marcela sentimientos de los más extravagantes, era la hija de un negociante, grandota y tranquila, burlona y corta de entendederas. Marcela no apartaba de ella los ojos; se deshacía en lágrimas por una palabra, por un gesto de su amiga; la abrumaba con sus promesas; á cada momento se mostraba celosa, y durante el estudio la escribía cartas de veinte carillas, hasta que, al fin, la muchacha, impaciente, declaró que estaba harta de todo aquello, y quería vivir tranquila.

La pobre Marcela se retiró tan abatida y tan triste, que inspiró compasión á mi madre. Entonces comenzó su intimidad, poco tiempo antes de salir mi madre del colegio. Se prometieron visitarse; cumplieron su palabra.

El padre de Marcela era el hombre mejor del mundo, agradabilísimo, con mucho ingenio y nada de sentido común. Abandonó su carrera de marino sin motivo alguno, después de veinte años de navegación. Cuantos le conocían se admiraron. Y era de admirar que hubiese permanecido tanto tiempo en el servicio. Su fortuna era escasa, y su economía nula.

Un día de lluvia que miraba á la calle desde su ventana, vió á su mujer y á su hija á pie, muy comprometidas con las faldas y los paraguas. Por primera vez advirtió que no tenían coche, y aquel descubrimiento le entristeció mucho. Inmediatamente realizó sus valores, vendió las joyas de su mujer, pidió dinero prestado á varios amigos y se marchó á Bade. Como tenía una martingala infalible, jugó fuerte, con objeto de ganar caballos, coche y librea. Después de diez días, regresó á su casa sin un cuarto y teniendo más fe que nunca en su martingala.

Le quedaban sólo unas tierras en Brie, donde cultivó plátanos. Después de dedicarse durante un año á este cultivo, hubo de vender la propiedad

para pagar los invernaderos. Entonces se dedicó á inventor de máquinas; y su mujer falleció sin que él apenas se diese cuenta. Enviaba á los ministros, á las Cámaras, á la Academia, á las Sociedades científicas, á todo el mundo, planos y memorias. Aquellas memorias estaban á veces redactadas en verso. Sin embargo, ganaba algún dinero y vivía. Era milagroso. Marcela lo encontraba muy natural y compraba sombreros con todas las monedas de cinco francos que caían en sus manos.

Aun siendo muy joven, mi madre no comprendía la vida de aquella manera, temblaba por el porvenir de Marcela, pero la quería.

—¡Si supieras—me ha dicho cien veces mi madre—, si supieras qué encantadora era entonces!

—¡Ahl querida mamá, me lo figuro.

Tuvieron, sin embargo, un disgusto, cuya causa fué un sentimiento delicado que no había que dejar en la sombra, donde se ocultan las faltas de los seres queridos, pero que yo no debò analizar, como cualquier otro podría hacerlo. No debo, he dicho, y además no puedo, no teniendo acerca de aquel asunto, más que indicios extremadamente vagos.

Mi madre estaba prometida entonces á un joven médico que se casó con ella poco después y fué mi padre. Marcela era encantadora, ya lo he repetido mucho. Inspiraba y respiraba amor. Mi

padre era joven. Se veían, se hablaban. ¿Qué se yo?... Mi madre se casó y no volvió á ver á Marcela.

Pero, después de dos años de destierro, la hermosa de los ojos de oro, obtuvo su perdón. Y la perdonaron con tal gusto que la rogaron fuera mi madrina. Durante aquel intervalo se había casado. Aquello, á mi juicio, había influido mucho en la reconciliación. Marcela adoraba á su marido, una especie de mulato monstruoso, que navegaba desde la edad de siete años en un buque mercante y de quien receló con algún fundamento que se había dedicado á la trata de esclavos. Como tenía haciendas en Río Janeiro, se llevó á mi madrina.

Mi madre me ha dicho con frecuencia:

—No puedes figurarte cómo era el marido de Marcela: un macaco, un mono, un mono vestido de amarillo de los pies á la cabeza. No hablaba ningún idioma. Sabía solamente un poco de todos y se expresaba con gritos, gestos y guiños de los ojos. Para ser justa diré que tenía unos ojos magníficos. Yo no creo, hijo mío, que fuera de las Islas—añadía mi madre—, era francés, oriundo de Brest y se apellidaba Dupont.

Quiero decirles de paso, que mi madre llamaba «las Islas», á todo lo que no era Europa; lo cual desesperaba á mi padre, autor de diversos trabajos de etnografía comparada.

—Marcela—proseguía mi madre—, Marcela estaba loca por su marido. En los primeros años de su matrimonio, parecía que se los molestaba yendo á verlos. Fué dichosa tres ó cuatro años; digo dichosa, porque hay que tener en cuenta todos los gustos. Pero durante el viaje que hizo por Francia... tú no te acuerdas de eso, eras muy pequeño.

—¡Oh! mamá, lo recuerdo perfectamente.

—¡Pues bien!, durante aquel viaje, su negrito adquirió allá en las Islas, costumbres horribles; se embriagaba con mujerzuelas en las tabernas de los marineros. Le dieron una puñalada. En cuanto Marcela lo supo, se embarcó. Cuidó á su marido con aquel maravilloso entusiasmo que ponía en todo. Pero él tuvo un vómito de sangre y murió.

—¿Marcela no ha vuelto á Francia? Mamá, ¿por qué no he vuelto á ver á mi madrina?

Al oír esta pregunta, mi madre respondió algo azorada:

—Siendo viuda, conoció en Río Janeiro á ciertos oficiales de marina que la perjudicaron mucho. No debes pensar mal de Marcela, hijo mío. Era una mujer excepcional que no se conducía como las demás; y resultaba inconveniente recibirla.

—Mamá, yo no pienso mal de Marcela; dime solamente qué ha sido de ella.

—Hijo mío, un segundo de á bordo de un vapor la quiso, lo cual era muy natural, y la comprometió, pues tan bella conquista halagaba su amor propio. No te le nombraré; hoy es almirante, y has comido varias veces con él.

—¡Cómo! ¿Será ese gordo, coloradote? ¡Pues bonitas historias cuenta de las mujeres ese almirante, después de comer!

—Marcela le amaba con locura. Le seguía á todas partes. Comprenderás, hijo mío, que no estoy muy bien enterada de aquella historia; pero sé que acabó de una manera terrible. Estaban los dos en América; no te puedo decir exactamente en qué punto, porque nunca he logrado aprender los nombres de la Geografía. Habiéndose cansado de ella, la abandonó con cualquier pretexto y regresó á Francia. Aún le aguardaba en aquellas tierras, cuando supo por un periódico parisiense que se exhibía en el teatro con una actriz; no pudo contenerse; á pesar de tener fiebre, se embarcó. Fué su último viaje. Murió á bordo, hijo mío, y tu pobre madrina, metida en un saco, fué arrojada al mar.

Esto me ha contado mi madre. No sé nada más. Pero cada vez que el cielo está de un color gris claro, y el viento gime suavemente, mi pensamiento vuela hacia Marcela, y la digo:

—¡Pobre alma en pena, pobre alma errante so-

bre el antiguo Océano, que meció los primeros amores de la tierra; fantasma querido, madrina mía, mi hada: te bendice el más fiel de tus enamorados, el único, quizá, que se acuerda todavía de ti! ¡Bendita seas por el don que pusiste en mi cuna con sólo inclinarte! ¡Bendita seas por haberme revelado, en el alborear de mi razón, los tormentos deliciosos que la belleza comunica á las almas ávidas de comprenderla! ¡Bendita seas por el niño que alzaste del suelo para verle el color de sus ojos! ¡Aquel niño fué el más feliz, me atrevo á decirlo, el mejor de tus amigos! ¡Fué por él, por quien hiciste más, generosa mujer, pues le abriste con tus dos brazos el mundo infinito del ensueño!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KEYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

NOTA ESCRITA AL AMANECER

He aquí la cosecha de una noche invernal, mi primer haz de recuerdos. ¿Dejaré que se la lleve el viento? ¿No sería mejor atarla y recogerla? Creo que será un buen alimento para el espíritu.

El mejor y el más sabio de los hombres, el señor Littré, hubiera deseado que cada familia tuviese sus archivos y su historia moral. «Desde que una buena filosofía me ha enseñado á estimar grandemente la tradición y la conservación—ha dicho—, he lamentado muchas veces que durante la Edad Media las familias burguesas no hayan pensado en formar modestos registros donde estarían consignados los principales incidentes de la vida doméstica, y que se transmitirían mientras durara la familia. ¡Qué curiosos serían los registros que hubieran alcanzado hasta nuestra época, por muy compendiadas que fueran las noticias! ¡Cuántas nociones y experiencias perdidas, que hubieran podido salvarse con un poco de cuidado y un poco de constancia!»

Pues bien; yo, por mi parte, realizaré el deseo del sabio anciano; esto se guardará, y comenzará aquí el registro de la familia Nozière. No perdamos nada del pasado. Sólo con el pasado se forma el porvenir.